

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA PRESENTACIÓN
DEL LIBRO-ENTREVISTA SOBRE S.S. JUAN PABLO II,
CRUZANDO EL UMBRAL DE LA ESPERANZA

*La Habana, Parroquia San Juan de Letrán,
26 de octubre de 1995*

Queridos hermanos:

Presentar el libro-entrevista que el Sr. Vittorio Messori ha escrito sobre Juan Pablo II representa un desafío singular. Porque, hablando con propiedad, no es Messori quien escribe, es el mismo Papa Juan Pablo quien lo hace. Messori entregó sus preguntas al Papa y este contestó por escrito. Hubo diálogos entre el periodista y el Santo Padre, pero solo para matizar o completar alguna idea.

Sería entonces más fácil para un sacerdote, para un obispo, que debe estar familiarizado con el pensamiento del Sumo Pontífice, plasmado en tantas cartas, encíclicas, homilías y alocuciones de todo género, hablar de un escrito del Papa Juan Pablo II. Pero este libro no trata sobre un tema determinado, como lo haría una encíclica, por ejemplo, que contiene los criterios y consejos del Papa sobre la familia o sobre la juventud. Ciertamente, estos temas y muchos otros son tratados en el libro que hoy les presento, pero el volumen *Cruzando el umbral de la esperanza* desvela la intencionalidad de Juan Pablo II, la profundidad de sus enfoques, el hilo conductor de su pensamiento.

En *Cruzando el umbral de la esperanza* se revela el hombre Karol Wojtyła, el sacerdote, el Obispo de Roma, con su historia personal y familiar, con su fe y sus devociones esenciales, con sus preocupaciones por la Iglesia y por el hombre y la mujer de hoy. Aquí se sitúa el reto de este libro interesante, difícil en su comprensión, tal vez, para el hombre común, pero cautivador y sugerente para quienes lo lean solos, comprendiéndolo bien, o se agrupen en círculos de lectores para entenderlo mejor.

Con cualquier modalidad que se siga, según las posibilidades que se tengan, la mejor opción es leer el libro. Ojalá esta conferencia pudiera servir para animarlos a adquirir el volumen, pero lamentablemente no existe un número de libros suficientes y disponibles para que muchos puedan leerlo.

Este libro ha tenido un gran éxito de venta. Solo el primer día de publicado se vendieron cinco millones de ejemplares. El Papa dedicará sus derechos de autor a obras de beneficencia. Juan Pablo II nunca ha hablado del libro para que no se entienda como promoción comercial.

Es de destacar también:

a) La densidad teológica y filosófica de las respuestas, el Papa decididamente dialoga con el pensamiento moderno y contemporáneo.

b) Esta densidad no lo convierte en un manual frío e impersonal, el libro está sazonado con la experiencia personal, humana y pastoral de Karol Wojtyła. Dice el mismo autor: «El lector encontrará una singular combinación a veces de confianza personal (emocionantes los trozos sobre su infancia y juventud), a veces de reflexión y exhortación espirituales, a veces de meditación mística, a veces de retazos del pasado o sobre el futuro, a veces de especulaciones teológicas y filosóficas» (Messori).

c) La pasión del papa por María, la defensa de la vida y los jóvenes. A estos últimos dedica algunas de las más bellas páginas del libro (es admirable su confianza en la juventud).

d) Los «*atrevimientos*» Wojtylianos en materia de ecumenismo. Con respecto a las relaciones con hermanos cristianos de otras Iglesias o grupos eclesiales, el Papa es audaz en el orden del amor, buscando el acercamiento entre todos cuantos creen en Cristo.

Acerca de este libro singular se expresa así la revista *Ecclesia*:

«Estamos ante un verdadero manifiesto, un resumen exhaustivo de las convicciones del Pontífice, una invitación muy persuasiva a la esperanza y a sus más profundas raíces. Se trata de una experiencia inédita en la Historia de la Iglesia, es una experiencia pastoral que lleva el anuncio del Evangelio por unos derroteros diferentes pero eficaces. La esencialidad de lo que dice el Papa, ciertamente, no facilita la crítica, no se puede sino estar de acuerdo con él» (Ecclesia).

He aquí también la opinión del mismo autor Vittorio Messori: *«Hay una revelación directa, sin esquemas ni filtros del universo intelectual y religioso de Juan Pablo II, una clave para la interpretación de su magisterio completo» (Vittorio Messori).*

También es de interés la apreciación del Cardenal Ratzinger:

«Es un mensaje de esperanza, resumido en la frase “no tengan miedo” que es como un segundo título del libro. En esta frase se expresa el significado que Dios tiene para el hombre, qué significado tiene el creer en Dios... Los críticos de la religión de los tiempos pasados habían formulado la tesis de que el miedo había creado a Dios y a los dioses. Hoy experimentamos lo contrario: la eliminación de Dios ha generado el miedo que amenaza el fondo de la existencia moderna. El hombre moderno tiene miedo de que Dios pueda existir de verdad y que sea peligroso. Tiene miedo de sí mismo y de las terribles posibilidades que porta en sí mismo» (Card. Ratzinger).

Porque nos descubre su pensar y su sentir, porque habla desde su experiencia personal y pastoral, por todo esto, es inevitable el encuentro personal con el Papa Juan Pablo II desde el comienzo de la lectura de este libro. Quienes hemos tenido la dicha de estar cerca del Papa Juan Pablo II, de compartir con él algunos preciosos minutos de conversación o un rato de amistad y fraternidad, como cuando nos invita a su mesa (solo hace unos días tenía el privilegio de compartir con otros Cardenales la mesa Papal), los que le hemos visto presidir grandes ceremonias en la Basílica de San Pedro o guardar la misma paz y unción bajo el sol ardiente del trópico en celebraciones multitudinarias en Haití, en Santo Domingo, o cuando en más de una ocasión hemos concelebrado con él, sobrecogidos de emoción, en su pequeña capilla privada, sentimos, al leer el libro, que el autor solo ha querido ser como el portero uniformado que nos abre la puerta y nos introduce en los aposentos papales para darnos acceso al Papa Juan Pablo II de modo apropiado, audaz, respetuoso y lleno de admiración al mismo tiempo; para dejarnos, con increíble y difícil objetividad, a solas con este Papa venido de la Polonia arrasada por los nazis, primero, satélite comunista, después, reincorporada hoy al mundo occidental democrático, secularizado y consumista. Este Papa que aprecia el don maravilloso de la vida, porque en su Patria los muertos se contaron por millones en la Segunda Guerra Mundial y allí el holocausto del pueblo judío alcanzó en Auswitch sus cotas más altas. Un Papa que trabajó en las minas en un país ocupado, que no pudo prepararse para el sacerdocio en un seminario, porque estos estaban cerrados, y conoció la clandestinidad en el seguimiento de Cristo, estimado entonces como un delito por quienes saqueaban física y moralmente su nación.

Y descubrimos en nuestro andar por los corredores tranquilos y los salones despejados de su casa al mismo Papa que, después de recibirnos con una sonrisa y gestos que traslucen afecto y bondad, nos conduce a su capilla donde se recoge en oración por algunos minutos. Y es esta justamente la primera impresión que tenemos al entrar en contacto con Juan Pablo II: nos hallamos ante un hombre de oración. Y la oración es la expresión de la fe. No es de extrañarse, pues, que el autor comience preguntándole al Papa por su modo de rezar, por su concepto de la oración. Sorprende lo breve y lo simple de la respuesta del Pontífice que tanto reza.

Dice el Santo Padre que *«en la oración, que es diálogo yo-Tú, el protagonista es Dios. El hombre alcanza la plenitud en la oración no cuando se expresa principalmente a sí mismo, sino cuando permite que en ella se haga presente el propio Dios»* Y añade el Pontífice: *«El Papa reza tal y como el Espíritu Santo le permite rezar»* (el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad). En cuanto al contenido de su oración, este estará constituido por los gozos, alegrías, esperanzas, penas y sufrimientos de este mundo.

El Papa, sin embargo, mira al mundo y al hombre con ese optimismo no superficial propio de quien vive de la fe. ¿Acaso creer en Dios no es confiar en alguien que es todo bondad y que todo lo conduce al bien? Por eso afirma con convicción Juan Pablo II: *«El Evangelio es una Buena Noticia»* que lleva consigo siempre *«una invitación a la alegría»*. Sigo ahora el pensamiento del Papa que me parece medular en la comprensión de su libro y de su Pontificado. Dice el Pontífice: *«El Evangelio es una gran afirmación del mundo y del hombre, porque es la revelación de la verdad de su Dios. Dios es la primera fuente de alegría y de esperanza para el hombre. El Evangelio es la alegría de la Creación. Dios, al crear, ve que lo que crea es bueno»* (Esta es una alusión del Papa al Primer Capítulo del Primer Libro de la Biblia, el Génesis). En palabras del Santo Padre: *«El Creador parece decir a toda la Creación: “es bueno que tú existas”, “el bien es más grande que todo lo que en el mundo hay de mal”»*.

Este es el pensamiento positivo del Papa ante la vida, el hombre, la historia, el futuro. ¿Cómo un hombre de esta fe no sería el defensor de la vida desde el seno materno, ese luchador por la paz, la justicia y la libertad que hemos conocido, el heraldo lleno de esperanza de un mundo mejor para el próximo milenio que ya se avecina?

Y así afirma el Papa con honda convicción que *«el cristianismo se distingue de modo tajante de cualquier forma de pesimismo existencial»*. Y añade: *«la creación ha sido dada y contada como tarea al hombre, con el fin de que constituya para él no una fuente de sufrimientos, sino para que sea el fundamento de una existencia creativa en el mundo»*.

De esta visión de fe en un Dios bueno que quiere el bien de todos y nos da en Cristo una Buena Noticia que nos colma de alegría para cumplir nuestra tarea creativa en el mundo, saca el Papa las inevitables consecuencias para todo cristiano, que expresa de este modo: *«Para quien acoge la revelación, y en particular el Evangelio, tiene que resultar obvio que es mejor existir que no existir... no hay sitio para ningún nirvana, para ninguna apatía o resignación... hay un reto para perfeccionar... tanto a uno mismo como al mundo»*.

Y abunda el Papa sobre esta visión gozosa y esperanzadora de la realidad: *«Esta alegría esencial de la Creación se completa, a su vez, con la alegría de la salvación. El Creador del hombre es también su Redentor. “Yo he vencido al mundo”», dice Cristo; el motivo de nuestra alegría es, pues, tener la fuerza con la que derrotar al mal y es recibir la filiación divina (ahora somos hijos de Dios).*

El Papa, que es testigo de Cristo y ministro de la Buena Nueva, es por eso mismo *hombre de alegría y hombre de esperanza, hombre de esta fundamental afirmación del valor de la existencia, del valor de la Creación y de la esperanza en la vida futura*. Naturalmente, no se trata ni de una alegría ingenua ni de una esperanza vana. La alegría de la victoria sobre el mal no ofusca la conciencia realista de la existencia del mal en el mundo y en todo hombre. Es más, incluso la agudiza. El Evangelio enseña a llamar por su nombre el bien y el mal, pero enseña también que *«se puede y se debe vencer el mal con el bien»* (Rm 12, 21). La moral cristiana tiene su plena expresión en esto.

Son todas estas, palabras de Juan Pablo II, que sigue diciendo: *«el Papa... debe tener conciencia, particularmente, de los peligros a los que está sujeta la vida del hombre en el mundo y su futuro. La conciencia de tales peligros lleva a la lucha por la victoria del bien»*. Y sentencia con convicción el Santo Padre: *«esta lucha por la victoria del bien... provoca la necesidad de rezar»*.

La oración es una búsqueda de Dios, pero también es revelación de Dios, quien... *se revela en primer lugar como misericordia, es decir, como amor que va al encuentro del hombre que sufre.*

Llegados aquí, el autor se vuelve portavoz del hombre de hoy quien, con más agudeza y angustia que el de otros tiempos, se pregunta acerca de Dios, de la vida futura, del porqué de la existencia de varias religiones, del problema del mal en el mundo, etc.

El Papa, en páginas quizá difíciles, pero de extraordinaria solidez filosófica y doctrinal, aborda todas esas preguntas: ¿Puede el hombre con su inteligencia darse cuenta de la existencia de Dios? ¿Existe un Dios en el cielo? ¿Por qué el silencio de Dios? El pensamiento filosófico de Oriente y Occidente acerca de Dios, el mundo, el hombre es manejado con maestría por este Papa que muchos consideran más filósofo que teólogo, pero que, siguiendo la huella dejada por Santo Tomás de Aquino, pone la filosofía al servicio de la teología.

Una conferencia especial merecería el pensamiento filosófico del Papa Juan Pablo II contenido en su libro «*CRUZANDO EL UMBRAL DE LA ESPERANZA*». No hay lugar para un análisis de ese género en una conferencia como esta. Pero sería interesante que fuera tratado por especialistas en otro encuentro.

Dejo ahora la palabra al mismo Santo Padre sobre diversos temas que interesan al mundo y a ustedes. Incluyo a veces la pregunta del periodista y trato, por este medio, de hacer un resumen que les dejará seguramente el deseo de leer el libro íntegramente, pero que los pondrá, al mismo tiempo, al tanto de los temas tratados, ya que son muchos los que no llegarán a leerlo de inmediato.

Pluralismo religioso

13. ¿Por qué tantas religiones?

En vez de sorprenderse de que la Providencia permita tal variedad de religiones, deberíamos más bien maravillarnos de los numerosos elementos comunes que se encuentran en ellas. Todas tienen una raíz común: Los hombres esperan en las diversas religiones la respuesta a los recónditos enigmas de la condición humana (sentido y fin de nuestra vida; el camino de la verdadera felicidad, la muerte, el dolor...) y pretenden alcanzar la salvación en Dios (origen y fin de todo el género humano).

Los *semina Verbi* (es decir, las semillas de la Palabra de Dios) están presentes en las distintas tradiciones religiosas. (El Espíritu Santo obra eficazmente también fuera del organismo visible de la Iglesia). *La Iglesia Católica no rechaza nada de cuanto hay de verdadero y santo en estas religiones.* Aunque en muchos puntos difieran de lo que ella cree y propone, reflejan un destello de la verdad que ilumina a todos los hombres.

Cristo vino al mundo por todos los pueblos, los ha redimido a todos y tiene ciertamente sus caminos para llegar a cada uno de ellos. (Muchos en estos pueblos tienen una fe implícita en Jesús.) Aflora la visión positiva del Papa que no plantea la pluralidad de religiones, por ejemplo, como fruto del pecado, sino que describe la riqueza humana que hay en la búsqueda de Dios.

El periodista pregunta especialmente sobre el budismo porque este tiene características especiales.

14. ¿Qué decir del budismo, «doctrina salvífica» que fascina cada vez más a Occidente sea como «alternativa al cristianismo», sea como complemento, para ciertas técnicas ascéticas y místicas?

Es, en cierto punto, una religión de salvación pero su soteriología difiere esencialmente de la del cristianismo. La soteriología budista es negativa: Salvarse es, ante todo, liberarse del mal haciéndose *indiferente* al mundo que es fuente de mal y sufrimiento para el hombre.

Es un *sistema ateo*: no nos liberamos del mal a través del bien que viene de Dios, sino mediante el desapego del mundo. La plenitud no es Dios sino el *nirvana* (estado de perfecta indiferencia respecto al mundo).

La mística cristiana (San Juan de la Cruz) propone el desprendimiento del mundo, no como un fin en sí mismo, sino para unirse a lo que está fuera del mundo: no el nirvana, sino un Dios personal. Esta mística edifica la Iglesia como comunidad de fe, esperanza y amor. La civilización occidental está marcada por una positiva referencia al mundo (compromiso en la creación) (cfr. GS 2). El mundo es criatura de Dios, el cristiano debe transformarlo desde dentro.

15. ¿Qué decir del Islam, adorador del Dios Uno y Único?

Gracias a su monoteísmo, los creyentes en Alá nos son particularmente cercanos. Al Dios del Corán se le dan unos nombres entre los más bellos que conoce el lenguaje del mundo, pero es un Dios que está fuera del mundo, es solo Majestad y nunca Emmanuel (Dios con nosotros). *El Islam no es una religión de redención*. No hay sitio para la cruz y la resurrección. Jesús es solo un profeta precursor del último profeta: Mahoma.

La religiosidad musulmana merece respeto: es admirable, por ejemplo, su fidelidad a la oración.

El *fundamentalismo* da una interpretación unilateral de los derechos del hombre y el principio de la libertad religiosa (libertad de imponer a todos la «verdadera religión»).

16. ¿E Israel?

Llegamos a la religión que nos es más cercana (enorme patrimonio espiritual común). La Iglesia reconoce que los comienzos de su fe y de su elección se encuentran ya en la elección del pueblo de la Antigua Alianza (Cf. NA 4). Son *nuestros hermanos mayores en la fe*.

Hay al respecto hermosas palabras del Papa sobre el pueblo judío.

Este pueblo continúa llevando dentro de sí las señales de la elección divina y ha pagado un precio muy alto por su elección. Quizá debido a esto se ha hecho más semejante al Hijo del Hombre... (hijo de Israel); el 2.000 aniversario de su venida será fiesta también para los judíos.

Auschwitz (símbolo más elocuente del holocausto del pueblo judío) muestra hasta dónde puede llegar una nación, un sistema, construido sobre premisas de odio racial o de afán de dominio.

17. Las estadísticas muestran que, hacia el 2000, por primera vez en la historia, los musulmanes superarán en número a los católicos. Los hindúes son ya hoy más numerosos que los protestantes y hebreos. ¿Qué siente ante una realidad semejante después de 20 siglos de evangelización?, ¿qué enigmático plan vislumbra?

Ninguna estadística que pretenda presentar cuantitativamente la fe (ej. participación en los ritos) alcanza el núcleo de la cuestión (valores de este tipo no son cuantificables en cifras). Los números no son razón suficiente para juzgar si una religión tiene futuro o está en decadencia. Desde el punto de vista del Evangelio, la cuestión es diversa: «no temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre se ha complacido en daros su reino» (Lc 12, 32; 18, 8).

El Evangelio no es la promesa de éxitos fáciles, está marcado por una palabra fundamental: para encontrar la vida hay que perderla, para nacer hay que morir, para salvarse hay que cargar con la cruz (Verdad esencial del cristianismo que chocará siempre con la protesta del hombre). Pero es también una gran promesa de vida eterna para el hombre sometido a la ley de la muerte.

Después de preguntar sobre las grandes religiones, el periodista cuestiona al Papa sobre temas que le son particularmente queridos.

Nueva evangelización

18. ¿Qué significa Nueva Evangelización? (Tarea principal y más urgente del católico del final del siglo XX).

«Ay de mí si no predicase el Evangelio» (1 Co 9, 16). Ha estado siempre presente en la vida de la Iglesia. La Iglesia evangeliza, anuncia a Cristo que es camino, verdad y vida. Cristo único mediador entre Dios y los hombres. A pesar de las debilidades humanas, la Iglesia es incansable en este anunciar (Pertenece a su esencia).

En el mundo contemporáneo se siente una especial necesidad del Evangelio ante la perspectiva ya cercana del año 2000. Es nueva, pues pretende responder a los nuevos retos que el mundo contemporáneo plantea a la misión de la Iglesia. Es necesario un anuncio evangélico que se haga peregrino junto al hombre, que se ponga en camino con la joven generación para anunciar a un Cristo siempre joven (el mismo ayer, hoy y siempre). Ya que la verdad no deja de ser fascinante para el hombre, especialmente para los corazones jóvenes.

No hay motivos para el derrotismo. Si el mundo no es católico desde el punto de vista confesional, ciertamente está penetrado muy profundamente por el Evangelio, se puede decir que, en cierto modo, está presente en él de modo invisible el misterio de la Iglesia.

Aquí de nuevo aflora el optimismo de la fe de un Papa que, a sus 75 años, mira con esperanza al futuro. Por eso ama especialmente a la juventud y por ella le pregunta su interlocutor:

Jóvenes

19. Los jóvenes son privilegiados en la afectuosa atención del Santo Padre, que los mira como una esperanza para la nueva evangelización. ¿Es fundada esta esperanza? ¿No estaremos más bien ante la siempre renovada ilusión de que la nueva generación será mejor que la nuestra?

Y el Papa responde:

La juventud no es solamente una edad biológica, sino que es, a la vez, un *tiempo dado por la Providencia a cada hombre, como tarea, para la búsqueda*, como el joven del Evangelio, de la respuesta a los interrogantes fundamentales: el sentido de la vida, y la vocación en la misma. Esta es la característica esencial de la juventud que todo educador debe amar.

Es la etapa de la personalización de la vida humana y de la comunión: los jóvenes saben que su vida tiene sentido en la medida en que se hace don gratuito para el prójimo. Ahí tienen origen todas las vocaciones. *Tienen una vocación esencial hacia el amor*, buscan siempre la belleza del amor. Si ceden a las debilidades, imitando modelos de comportamiento mundanos, en lo profundo del corazón desean un amor hermoso y puro. Saben que nadie puede concederles un amor así fuera de Dios, por tanto están dispuestos a seguir a Cristo sin importarles los sacrificios. En todas partes, el Papa busca a los jóvenes y es buscado por ellos, pero no es a él a quien buscan, sino a Cristo «que sabe lo que hay en cada hombre» (Jn 2, 25), especialmente en un hombre joven.

En los jóvenes hay un inmenso potencial de bien, y de posibilidades creativas. Tenemos necesidad del entusiasmo de los jóvenes, de su alegría de vivir que refleja la alegría original que Dios tuvo al crear al hombre.

No es verdad que sea el Papa quien lleve a los jóvenes de un extremo al otro del globo. Son ellos los que lo llevan a él. Y, aunque sus años aumentan, ellos le exhortan a ser joven, no le permiten que

olvide su experiencia, su descubrimiento de la juventud y la gran importancia que tiene para la vida de cada hombre.

Después viene un tema en el cual el Papa Juan Pablo II tiene la experiencia de lo vivido en los países de Europa.

El comunismo

Le dice el periodista:

20. Dios parece callar («silencio de Dios»), pero en realidad no cesa de actuar. Eso afirman los que, en los acontecimientos humanos, descubren la realización del enigmático plan de la providencia. Ud. ha insistido en que en la caída del marxismo ateo se puede descubrir el dedo de Dios... ¿ ?

Respuesta del Papa:

En primer lugar, ¿se puede hablar de silencio de Dios? Sí, en cierto modo, Dios calla, pues ya lo ha revelado todo, en Jesús ha dicho todo cuanto tenía que decir. Pero Dios continúa hablando en la historia del hombre, historia que él mismo conduce. Dios sigue revelándose a los corazones. Dios habla en los sacramentos, que son acciones de Dios en Cristo. *Es verdaderamente difícil hablar del silencio de Dios, se debe más bien hablar de la voluntad de sofocar su voz.*

Este deseo de sofocar la voz de Dios está bastante bien programado; muchos hacen cualquier cosa para que no se oiga su voz, y se oiga solamente la voz del hombre, que no tiene nada que ofrecer que no sea terreno, y a veces tal oferta lleva consigo la destrucción en proporciones cósmicas, ¿no es esta la trágica historia de nuestro siglo?

Sobre la caída del comunismo hay que evitar una simplificación: sería, por tanto, sencillísimo decir que ha sido la Divina Providencia la que ha hecho caer el comunismo. *El comunismo como sistema, en cierto sentido, se ha caído solo. Se ha caído como consecuencia de sus propios errores y abusos.* Ha demostrado ser una medicina más dañosa que la enfermedad misma. No ha llevado a cabo una verdadera reforma social, a pesar de haberse convertido para todo el mundo en una poderosa amenaza y en un reto. Pero se ha caído solo, por su propia debilidad interna.

Como vemos, el Papa no reclama para sí ni para la causa del Evangelio el fracaso del marxismo ateo.

Ecumenismo

21. Con respecto a la Iglesia, muchos parecen hoy rebelarse ante la pretensión de que solo en ella haya salvación. ¿Por qué, entre todas las Iglesias cristianas, tiene que ser la católica la única en poseer y enseñar la plenitud del Evangelio?

Aquí encontramos respuestas maravillosas y llenas de apertura con respecto a la unión de los cristianos.

La salvación está sola y exclusivamente en Cristo, único mediador (1 Tm 2, 5). De esta salvación la Iglesia, en cuanto cuerpo de Cristo, es un simple instrumento. (Cfr. LG 1). La Iglesia se presenta como «un pueblo unido bajo la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu». Esta vida de Dios y la vida en Dios es la salvación. El hombre se salva en la Iglesia en cuanto que es introducido en el misterio trinitario de Dios. El concilio *está lejos de proclamar ningún tipo de eclesiocentrismo, es cristocéntrico en todos sus aspectos: Cristo es el verdadero autor de la salvación, la Iglesia lo es tanto en cuanto actúa por Cristo y en Cristo.*

El Concilio habla de «pertenecer a la Iglesia» para los cristianos y de «ordenación a la Iglesia para los no cristianos que creen en Dios (LG 15, 16). Los hombres se salvan mediante la Iglesia, en la Iglesia, pero siempre gracias a Cristo. *Ámbito de salvación pueden ser también, además de la formal pertenencia, otras formas de (orientación) ordenación.* No se salva, sin embargo, aquel que, no perseverando en la caridad, permanece en el seno de la Iglesia con el «cuerpo», pero no con el corazón.

El misterio de la Iglesia es más grande que la sola estructura visible de la Iglesia y su organización. Estructura y organización sirven al misterio. La Iglesia, como Cuerpo místico de Cristo, penetra en todos y a todos comprende. Sus dimensiones espirituales, místicas, son mucho mayores de cuanto puedan demostrar todas las estadísticas sociológicas.

22. En el diálogo ecuménico, junto a resultados positivos también están presente las desilusiones (ej.: algunas decisiones de la Iglesia anglicana), ¿cuáles son sus impresiones y sus esperanzas sobre este tema?

Más fuerte que las desilusiones es el hecho mismo de haber emprendido con empeño la vía que debe llevar a los cristianos a la unidad. Al acercarnos al término del segundo milenio, los cristianos han advertido con mayor viveza que las divisiones entre ellos son contrarias a la oración de Cristo en el cenáculo (Jn 17, 21).

Lo que nos une es mas grande de cuanto nos divide: todos creemos en el mismo Cristo; y esa fe es esencialmente el patrimonio heredado de la enseñanza de los 7 primeros concilios. Existen, pues, las bases para un diálogo, para la *ampliación del espacio de la unidad.* Los diversos modos de entender y de practicar la fe en Cristo (originados en el curso de los siglos y ante situaciones culturales y políticas distintas) pueden en ciertos casos ser *complementarios.* Es necesario desembarazarse de los estereotipos y de los hábitos que impiden descubrir la unidad ya existente.

23. ¿Por qué el Espíritu Santo ha permitido todas estas divisiones y enemistades entre los que, sin embargo, se llaman seguidores del mismo evangelio, discípulos del mismo Cristo?

Existen causas históricas bien conocidas. Sin embargo es legítimo preguntarse si no habrá también una *motivación metahistórica.*

Dos respuestas: negativa: divisiones como fruto de los pecados de los cristianos; positiva: surge de la confianza en Aquel que saca el bien incluso del mal, de las debilidades humanas: ¿no podría ser que las divisiones hayan sido también una *vía que ha conducido y conduce a la Iglesia a descubrir las múltiples riquezas contenidas en el Evangelio de Cristo y en la Redención obrada por Él?* Es necesario que el género humano alcance la unidad mediante la pluralidad, que aprenda a reunirse en la única Iglesia, también con ese pluralismo en las formas de pensar y de actuar, de culturas y de civilizaciones (Otra respuesta llena de apertura y generadora de actitudes positivas).

El Concilio Vaticano II

24. No han faltado ni faltan tampoco ahora, quienes sostienen que las puertas abiertas por el Vaticano II parecen haber servido más a los que estaban «dentro» de la Iglesia para salir de ella que para que entraran los que estaban «fuera»... ¿?

El Vaticano II ha sido un gran don para la Iglesia y para la humanidad. Fue una gran experiencia de la Iglesia, el «seminario del Espíritu Santo». Lo que el Espíritu Santo dice supone siempre una penetración más profunda en el eterno misterio, y a la vez una indicación, a los hombres que tienen que dar a conocer ese misterio al mundo contemporáneo, del camino que hay que recorrer. Con el Vaticano II tuvo comienzo la Nueva Evangelización.

Hay que interpretarlo de modo adecuado y defenderlo de interpretaciones tendenciosas. Tales interpretaciones existen y ya existían durante el Concilio mismo. En ellas se expresaban las disposiciones de ánimo favorables o contrarias a su aceptación y comprensión.

25. En ese período de la historia de la Iglesia y del mundo había necesidad de un Concilio como el Vaticano, «anómalo» por su estilo y contenidos respecto a los precedentes.

El Vaticano II se distingue por su particular estilo. No ha sido un estilo defensivo (no anatematizaciones), sino ecuménico, caracterizado por una gran apertura al diálogo, que el Papa Pablo VI calificaba como diálogo de salvación. Tal estilo y tal espíritu permanecerán también en el futuro como la verdad esencial del Concilio; no las controversias entre progresistas y conservadores, controversias políticas y no religiosas a las que algunos han querido reducir el acontecimiento conciliar.

Que el Concilio no es letra muerta lo demuestra la rica experiencia sinodal postconciliar. Del Sínodo extraordinario de 1985 surgió la iniciativa del Catecismo universal, síntesis de toda la riqueza del Magisterio posconciliar (verdadero best seller que demuestra que el mundo, cansado de ideologías, se abre a la verdad).

Y el Papa insiste:

26. Ud. no ignora que son bien pocos, entre los que siguen siendo católicos, los que ponen en duda la oportunidad de la renovación obrada en la Iglesia. Lo que se discute no es ciertamente el Vaticano II, sino algunas interpretaciones calificadas de disconformes no solo con la letra de esos documentos, sino con el espíritu mismo de los Padres conciliares.

A partir del concilio asistimos a una *renovación* que es, en primer lugar, cualitativa, aunque continúan escaseando las vocaciones, sin embargo aparecen y se desarrollan diversos movimientos de carácter religioso, orientados sobre todo a la renovación de la persona.

Sería injusto hablar solo de abandono, hay también retornos. Sobre todo, hay una transformación profundamente radical del modelo de base. El modelo tradicional, cuantitativo, se transforma en un modelo nuevo más cualitativo. Es necesario destacar, además, que la Iglesia del Vaticano II es la Iglesia de intensa colegialidad del Episcopado mundial.

El periodista se refiera a los medios de comunicación.

27. A pesar de toda voluntad eclesial de diálogo, no siempre y no para todos son bien aceptadas las palabras del Papa. En no pocos casos se comprueba su explícito rechazo, a veces violento (al menos en los Medios de Comunicación Social) cuando la Iglesia remacha su enseñanza, sobre todo en los temas morales.

Es cierto, algunos sostienen que en las cuestiones de moralidad y, en primer lugar, en las de ética sexual la Iglesia y el Papa no van de acuerdo con la tendencia dominante en el mundo contemporáneo, dirigido hacia una cada vez mayor libertad de costumbres. Puesto que el mundo se desarrolla en esta dirección surge la impresión de que la Iglesia vuelve atrás o que el mundo se aleja de la Iglesia

Esta es una opinión injusta. La Iglesia proclama la palabra del Señor oportuna e inoportuna (2 Tm 4, 2-3) y trata de responder sinceramente a la pregunta ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna? *La Iglesia proclama, en definitiva, la verdad del hombre*, y alejarse de esta verdad no constituye en lo absoluto una tendencia evolutiva, no puede ser considerado como una medida de progreso ético.

Esta verdad es exigente, los medios de comunicación han acostumbrado a ciertos sectores a escuchar solo lo que halaga a los oídos. Cuando la verdadera doctrina es impopular no es lícito buscar una fácil popularidad.

Escatología

28. Vida eterna, ¿todavía existe?

La vida eterna.

La escatología se ha convertido, en cierto modo, en algo extraño al hombre contemporáneo (secularización, secularismo, consumismo). A esto han contribuido también los «infiernos temporales» que han marcado nuestro siglo. Sin embargo, el hombre sigue esperando en una justicia última y definitiva.

La Iglesia no ha cesado nunca de mantener su conciencia escatológica, de llevar a los hombres a la vida eterna. Si cesara de ser escatológica, dejaría de ser fiel a la propia vocación, a la nueva Alianza sellada con ella por Dios en Jesucristo. Se ha producido un cambio de perspectiva: una escatología más cristocéntrica: no es lo que todavía debe venir, sino que está ya iniciada con la venida de Cristo con su muerte y resurrección.

Persiste el problema de la condenación: ¿Puede Dios, que ha amado tanto al hombre, permitir que este lo rechace hasta el punto de querer ser condenado a tormentos perennes? Este es un misterio verdaderamente inescrutable entre la santidad de Dios y la conciencia del hombre. El silencio de la Iglesia es la única posición óptima del cristiano.

Fe

29. ¿Para qué sirve creer? ¿Acaso no es posible vivir una vida honesta sin tener que tomar el Evangelio en serio?

La utilidad de la fe no es comparable con bien alguno, ni siquiera con los bienes de naturaleza moral. Se puede decir que la fundamental utilidad de la fe está en el hecho mismo de haber creído, y de haber confiado. La esencial utilidad de la fe consiste en el hecho de que, a través de ella, el hombre realiza el bien de su naturaleza racional y lo realiza dando su respuesta a Dios, como es su deber (hacia Dios y hacia él mismo en la búsqueda de la verdad).

Si una vida es verdaderamente recta es porque el Evangelio, no conocido o no rechazado a nivel consciente, en realidad, desarrolla ya su acción en lo profundo de la persona que busca con honesto esfuerzo la verdad y está dispuesto a aceptarla. Una tal disponibilidad es manifestación de la gracia que obra en el alma.

Solo Dios puede salvar al hombre, pero teniendo en cuenta su cooperación. El hombre «crea» con Dios el mundo y también «crea» con Dios su salvación personal (sinergismo).

Derechos humanos

30. ¿Qué es de verdad, para el Papa, la dignidad del hombre? ¿Qué son los auténticos derechos humanos? ¿Concesiones de los gobiernos o los Estados?

Aquí no se puede hablar de concesiones de Estados u organismos internacionales. *Tales instituciones expresan solo lo que Dios mismo ha inscrito en el orden creado por Él, lo que Él mismo ha inscrito en la conciencia moral, en el corazón del hombre.*

El Evangelio es la confirmación más plena de todos los derechos del hombre. El Evangelio confirma la regla divina que rige el orden moral del universo, mediante la misma Encarnación. ¿Quién es el hombre, si el Hijo asume la naturaleza humana? ¿Quién debe ser este hombre, si el Hijo paga el máximo precio por su dignidad?

El hombre se afirma a sí mismo de manera más completa dándose. Esta es la plena verdad del hombre, una verdad que Cristo nos ha enseñado con su vida.

31. Entre los derechos «incómodos» está el derecho a la vida, tema recurrente (y en tonos dramáticos) de su Magisterio de tal manera que ha sido considerado «obsesivo».

El derecho a la vida es, para el hombre, el derecho fundamental), no hay ningún otro que afecte más de cerca la existencia misma de la persona.

En cuanto al aborto, es difícil pensar en una situación más injusta y *es de verdad difícil poder hablar de «obsesión», desde el momento en que entra en juego un fundamental imperativo de toda conciencia recta: la defensa del derecho a la vida de un ser humano inocente e inermé.* La cuestión se presenta como «derecho de la mujer a elegir con respecto a la vida en su seno: No se puede hablar de derecho a elegir cuando lo que está en juego es un evidente mal moral, cuando se trata simplemente del mandamiento ¡no matar! (no hay excepción).

Rechazo firmemente la fórmula «*pro elección*», es necesario decidirse con valentía por la fórmula «*por la mujer*», por una elección que está verdaderamente a favor de la mujer.

María

32. La devoción mariana es distintiva de la enseñanza y de la acción del Papa. Hoy también se habla de apariciones y mensajes marianos... ¿qué puede decirnos de todo esto?

«*Totus Tuus*» no es una simple devoción sentimental, es el signo de una realidad más profunda: reconocimiento del papel de María, Madre del Redentor, en el misterio de Cristo y de la Iglesia. *La devoción a María es profundamente cristocéntrica*, más aún, está profundamente radicada en el misterio trinitario de Dios y en los de la Encarnación y Redención.

33. Usted ha demostrado que María no es en absoluto irrelevante en lo que se refiere a la actual cuestión femenina.

El culto mariano no es solo una forma de devoción o piedad, sino también una actitud respecto a la mujer como tal. El respeto por la mujer, el asombro por el misterio de la feminidad y, en fin, el amor sponsal de Dios mismo y de Cristo son todos elementos de la fe y la vida de la Iglesia.

Esperanza

Por último, el autor pregunta al Papa sobre una frase que Jesús repite en el Santo Evangelio a sus discípulos y que constituye un enunciado de su programa como Pastor Supremo de la Iglesia. En esa frase está contenida la Esperanza que el Papa anuncia a nuestro mundo.

Si el hombre y la mujer de hoy logran liberarse de sus temores, se puede mirar al Tercer Milenio como a un umbral de la Esperanza. La pregunta del periodista es:

34. ¿Qué sentido tiene su grito inaugural ¡no tengan miedo!?

El periodista se refiere a la primera Homilía del Papa.

Debe ser leído en una dimensión muy amplia, era una exhortación dirigida a todos los hombres: ¡no tengan miedo de lo que ustedes mismos han creado, no tengan miedo tampoco de todo lo que el hombre ha producido, y que está convirtiéndose cada día más en un peligro para él! En fin, ¡no tengan miedo de ustedes mismos!

El poder de la cruz de Cristo y de su resurrección es más grande que todo el mal del que el hombre podría y debería tener miedo. Es necesario que en la conciencia resurja con fuerza la certeza de que existe alguien que tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa y este alguien es AMOR.

El evangelio es exigente, pero lo que este alguien exige no supera jamás las posibilidades del hombre.

Y concluye el periodista:

35. ¿Tenemos que concluir que es verdaderamente injustificado tener miedo de Dios, de Jesucristo? ¿Debemos concluir que, al contrario, vale la pena «entrar en la esperanza»?

El temor de Dios es principio de la sabiduría pero se trata del temor que es don del espíritu, no es el miedo del esclavo, sino temor filial, basado en el amor que expulsa todo temor.

Para liberar al hombre del miedo es necesario desearle de todo corazón que lleve y cultive en su propio corazón el verdadero temor de Dios, que es la fuerza del Evangelio, temor creador, nunca destructivo, y que genera hombres santos a quienes pertenece, en definitiva, el futuro del mundo.

Este debe ser nuestro único temor, queridos hermanos, el que sentimos al ser capaces de profanar con nuestros odios el ámbito sagrado del mundo creado por Dios. El Papa nos sitúa, en su precioso libro, de pie ante el milenio venidero con el único temor de repetir en él las profanaciones de estos dos milenios de cristianismo; pero nos hace responsables, corresponsables, capaces de confianza y de seguridad, porque Dios es amor y todo lo hizo bueno, también a nosotros mismos. El Papa Juan Pablo II nos pone frente al umbral de la Esperanza y nos invita a cruzarlo.